

EL ÚLTIMO FEDERAL

Javier Villarreal Lozano

*L*a *visión de los vencidos*. El título de la célebre obra de Miguel León-Portilla pudiera servir de epígrafe a esta charla, cuya pretensión es aproximarse a la personalidad de uno de los derrotados por la revolución constitucionalista, el general José Refugio Velasco.

Un buen número de huertistas definitivamente liquidados con la firma de los Tratados de Teoloyucan nos legaron, como los poetas y escritores mexicas de la gran Tenochtitlan, testimonios de su visión. Es abundante la bibliografía: Federico Gamboa, Eduardo Iturbide y Nemesio García Naranjo, por citar sólo algunos personajes que transitaron esa etapa de la historia por el lado equivocado —perdedor— de la calle y dejaron constancias escritas de los hechos que vivieron o atestiguaron.

Érika Pani ha señalado, con razón, la imposibilidad de obtener la imagen completa, nítida, de un acontecimiento histórico e incluso de los vencedores si olvidamos a la contraparte: los vencidos. Por ello, la recuperación de sus historias no sólo la creo útil, también posee la virtud de enriquecer, matizándolas, las interpretaciones maniqueas resueltas en blanco y negro.

PRÓLOGO Y EPÍLOGO

La toma de Torreón por las fuerzas de la División del Norte fue el prólogo del último capítulo del huertismo. Paradójicamente, el general que perdiera esa plaza ante el embate de los villistas, José Refugio Velasco, también escribió el epílogo de esa historia, organizando la retirada de las fuerzas federales de la ciudad de México y disolviendo al Ejército federal.

Velasco terminó su hasta entonces brillante hoja de servicios al hacerse cargo de la Secretaría de Guerra y Marina en el gobierno de Francisco Carvajal, después de que su titular y vicepresidente de la República, Aureliano Blanquet, se uniera a la desbandada de prohombres huertistas que huyeron del país al aproximarse las tropas de Carranza a la capital. Blanquet se exilió en Cuba. Volvería a fin de unirse al fracasado levantamiento de Félix Díaz, sólo para morir. Con el gabinete del usurpador en estampida, Velasco tomó el mando de las fuerzas federales acantonadas en el Distrito Federal, un nada despreciable contingente de 15 a 20 mil efectivos que algunos autores hacen llegar a 30 mil.

Nacido en 1849 en la capital de Aguascalientes, hijo de comerciantes, nuestro personaje estudiaba contabilidad en Parral, Chihuahua, cuando una columna francesa se apoderó de mercancías propiedad de su familia. Los franceses justificaron la confiscación alegando que se trataba de efectos destinados a Juárez, quien se encontraba en Paso del Norte. El decomiso colocó a la familia Velasco al borde de la ruina. En tal situación, José Refugio abandonó los estudios en 1866 y se dio de alta en la Guardia Nacional que combatía a los imperialistas en Chihuahua y Durango al mando de Silvestre Aranda. Posteriormente, en 1867, ya soldado de línea, sirvió a las órdenes del coronel Pedro J. Yepes. Asistió a la batalla de San Jacinto y participó en el Sitio de Querétaro, donde —afirmaba Yepes— participó en la defensa de la línea del norte y en la del arco del cerro de Las Campanas, la reconquista del cerro de El Cimatario, la captura del ex convento de La Cruz y

la ocupación de la plaza.¹ “Con Juárez y Lerdo participó en varias campañas pacificadoras: contra don Trinidad García de la Cadena, en Zacatecas [...] contra el bandido Heraclio Bernal y sobre todo durante varios años contra los indios yaquis.”²

Al triunfo de la Revolución, Francisco I. Madero lo nombró comandante militar de la ciudad de México. Después se haría cargo de la Comandancia de Veracruz, donde lo sorprendió el levantamiento de Bernardo Reyes, Manuel Mondragón y Félix Díaz. Igual que los gobernadores de los estados y el resto de los comandantes militares del país, Velasco recibió el telegrama de Huerta en el que éste le informaba haber asumido la Presidencia de la República “autorizado por el Senado”. Puntilloso en el cumplimiento de los deberes militares, al día siguiente envió un comunicado al presidente del Senado de la República:

he recibido el siguiente mensaje: “Autorizado por el Senado, he asumido el Ejecutivo, estando presos el Presidente y su gabinete. [firmado por] V. Huerta”. Hónrome en transcribirlo a usted, suplicando se sirva garantizarme la autenticidad de esa noticia e informarme si el acuerdo del que se trata está dentro de las prescripciones constitucionales y de la Ley, bajo el concepto de que al desaparecer el Poder Ejecutivo legalmente constituido, la Comandancia Militar a mi cargo no será hostil a las medidas de orden y se considerará relevada de las responsabilidades futuras desde el momento en que se trate de cumplimentar un acuerdo tomado por el Poder Legislativo.³

No sería este el único desencuentro con el usurpador. Sin recibir aún respuesta del presidente del Senado, el 20 de febrero, cuando se esperaba que Madero abordara el ferrocarril rumbo a Veracruz para exiliarse, Velasco informó a Huerta su disposición de recibir a don Francisco con los honores debidos al jefe del Ejecutivo nacional:

- ¹ José Antonio Velasco Lomelí, *Cómo el general Velasco logró un honroso tratado para el Ejército federal y ejecutó su forzoso final*, edición del autor, México, 2014. La constancia de servicios se reproduce en la p. 184.
- ² Javier Garcíadiego, *1913-1914. De Guadalupe a Teoloyucan*, México, Clío y Gobierno de Coahuila, 2014, p. 227.
- ³ Velasco Lomelí, *op. cit.*, p. 25.

tengo conocimiento de que hoy a las 10 a.m. [...] saldrá de esa capital para este Puerto tren especial escoltado por el 29º Batallón, conduciendo al Sr. Presidente de la República, don Francisco I. Madero, para ser embarcado con destino al extranjero. Creo conveniente manifestar a usted que mientras no tenga conocimiento oficial de que ha renunciado el Sr. Madero, para mí representa la legalidad y lo sostendré con los elementos que dispongo.⁴

José Vasconcelos se lamentaba después: “Lo triste es que Velasco no hubiese sabido mantener hasta el fin su posición.”⁵

En otra ocasión, siendo gobernador militar de Coahuila, en noviembre de 1913, Velasco desobedeció las órdenes de Huerta de fusilar al general Juan Andreu Almazán, quien servía a sus órdenes. Ambos se encontraban en el restaurante del Hotel Coahuila, de Saltillo, cuando José Refugio recibió un telegrama de Huerta escrito en clave y clasificado como “urgente”. Ya en la estación de ferrocarriles, donde en un carro Pullman tenía instaladas sus oficinas, el telegrama fue decodificado. Eran nueve palabras: “Fusile usted inmediatamente a Juan Andreu Almazán. Conteste informando”.

Velasco se negó a cumplir la orden. Almazán era uno de sus hombres, a quien por afecto llamaba *El Güero*. Fingió estar en imposibilidad de acatar el ordenamiento, “por encontrarse el general Almazán combatiendo a los rebeldes en Monterrey a las órdenes del general Ricardo Peña”. Esta fue una decisión gravísima, una insubordinación en el sentido literal del término, pues Huerta, en su calidad de presidente, aunque espurio, era el comandante supremo del Ejército.

Sin embargo, sus escrúpulos éticos no fueron suficientes para condenar el asesinato de Madero y Pino Suárez, mucho menos para rebelarse en contra del evidente autor intelectual del crimen. Esto lo alineó automáticamente en las filas del huertismo y, dado su prestigio, en uno de los prominentes jefes del Ejército federal.

⁴ Gral. José M. Gutiérrez, “La insurrección de los Aspirantes”, en *Magazín del Gráfico*, 7 de febrero de 1932, pp. 7-10, citado por Velasco Lomelí.

⁵ José Vasconcelos, *Ulises Criollo*, p. 447.

Luego de un fugaz paso por el gobierno de Coahuila, el usurpador le confió una tarea crucial en la lucha contra los constitucionalistas: la Jefatura de la División del Nazas. Tarea de primera importancia, pues Torreón, donde se ubicaba el Cuartel General, era un punto estratégico de la lucha armada. Como quedó demostrado durante los primeros meses de la revolución iniciada por Carranza, para los huertistas resultaba de vital importancia conservar el control del eje Tampico-Monterrey-Torreón. Gracias a ello, los revolucionarios, a pesar de su debilidad, pudieron en los primeros meses operar con cierta libertad en el centro y norte de Coahuila.⁶

LA TOMA DE TORREÓN

Para hacerse cargo de la Jefatura de la División del Nazas, el general Velasco debía, antes que nada, estar en aptitud de dominar la región. Y lo hizo. En diciembre de 1913 desalojó de Torreón a las fuerzas de Calixto Contreras y José Isabel Robles.

Tres meses después, en marzo de 1914, enfrentaría a la poderosa División del Norte decidida a reconquistar la Perla de la Laguna y lo que ello representaba en riquezas y ventaja estratégica. La toma de Torreón por Francisco Villa fue, con la de Zacatecas, uno de los dos episodios más sangrientos y costosos en hombres y pertrechos de la revolución constitucionalista. Con notable inferioridad de efectivos (poco más de cuatro mil contra casi 25 mil villistas) y de armamento, el general Velasco resistió los embates de ese huracán de fuego, caballos y metralla en que sabía convertir Doroteo Arango su División del Norte, del 20 de marzo hasta el 2 de abril, cuando abandonó la plaza.⁷ Sólo faltaba Zacatecas, donde el Ejército federal jugaría su última carta.

⁶ Véase Manuel Plana, *Venustiano Carranza (1911-1914). El ascenso del dirigente político y el proceso revolucionario en Coahuila* y Pedro Salmerón Sanginés, *Los Carrancistas. La historia nunca contada del victorioso Ejército del Noreste*.

⁷ Véase Roque González Garza, *La batalla de Torreón*.

Huerta tenía las horas contadas. La pinza formada por las presiones del gobierno de Estados Unidos y el imparable avance de los carrancistas le estrechaban hasta hacer desaparecer los ya de por sí reducidos márgenes de maniobra.⁸ El repudio de Woodrow Wilson a su gobierno se había materializado con el desembarco en Veracruz de marinos norteamericanos. Zapata dominaba el estado de Guerrero y acechaba en las goteras de la capital. A Carvajal, sucesor de Huerta en la Presidencia, se le presentaba una disyuntiva: ¿Carranza o Zapata? La mala fama de los zapatistas, calificados de bárbaros en los periódicos, los volvía inelegibles a la hora de rendir las armas. Obregón y Teoloyucan ofrecían más seguridad para la atemorizada población de la capital que conservaba frescos en la memoria los horrores de la Decena Trágica.

Pendiendo sobre su cabeza la resucitada Ley Juárez y el inocultable aborrecimiento de Carranza a todo lo que oliera a Huerta, el general José Refugio Velasco se mantuvo en su puesto. Fue de los pocos que lo hizo. Cumplió con su deber de militar hasta el último momento, cuando funcionarios, miembros de la Iglesia católica, periodistas, artistas e intelectuales se unían al éxodo poniendo tierra y hasta mares de por medio entre ellos y la furia del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. Al llegar la última hora, la noche del 12 de agosto, “víspera de unos tantos aniversarios inadvertidos de la caída de la Gran Tenochtitlan” —escribe Álvaro Uribe—, reunido el gabinete en Palacio Nacional y estando presente Federico Gamboa, ministro sin cartera y autor de *Santa*, quien convenció a Carvajal de “firmar al decreto meramente formal por el que confiere al nuevo secretario de Guerra José Refugio Velasco la responsabilidad de disolver el Ejército federal cuando lo juzgue conveniente”.⁹

⁸ Para una amplísima y puntual información sobre la política de Washington en contra de Huerta véase Berta Ulloa, *La revolución intervenida*.

⁹ Álvaro Uribe, *Recordatorio de Federico Gamboa*.

Decidido a “no ensangrentar más al país”, Velasco organizó con eficiencia el retiro de las tropas federales y la disolución del Ejército, evitando la deserción temida por Eduardo Iturbide, ya que los cuarteles, dijo el negociador del gobierno del Distrito Federal en Teoloyucan, estaban “pletóricos de reclutas cogidos de la leva” que esperaban ansiosos “la oportunidad de volverse contra sus jefes y entregarse al pillaje”.¹⁰

FIGURA TRÁGICA

Existe coincidencia en las opiniones acerca de la honorabilidad del último jefe del Ejército federal. El general Juan Barragán escribió:

Queda demostrado pues que obró con toda justificación y cordura el general José Refugio Velasco, el más aguerrido y más competente de los jefes federales al aceptar de grado la capitulación del Ejército federal, consecuencia de la tremenda derrota de éste.¹¹

Carranza también reconoció su sentido del honor. Después de entrar a la ciudad de México, envió un comunicado al general Jesús Carranza, quien se encontraba en Córdoba, Veracruz:

Enterado con satisfacción de haber cumplido el general Velasco con los convenios pactados. Puede usted asegurarle que tiene toda clase de garantías [...] teniendo presente el rasgo que tuvo al contestarle al usurpador Victoriano Huerta, que si el presidente Madero llegaba a Veracruz, lo seguiría reconociendo como el Primer Mandatario de la Nación.¹²

La del general José Refugio Velasco es, si las hay, una figura trágica. Juzgada desde la perspectiva del tiempo, la adhesión al régimen de Huerta puede considerarse una traición a los más elementales principios morales. Sin embargo, cabe preguntar, ¿en realidad transfirió

¹⁰ Javier Garciadiego, p. 229.

¹¹ Juan Barragán, citado por Velasco Lomelí, *op. cit.*, p. 103.

¹² *Ibidem*.

su lealtad de Madero al usurpador? Si llegamos a tal conclusión, podríamos acusarlo también, como a tantos otros militares, de haberla llevado de Lerdo de Tejada a Porfirio Díaz, y de éste a Madero. ¿Cómo explicar entonces los sucesivos cambios “de chaqueta”, para usar la expresión coloquial? Quizá la pregunta no deba ni formularse pues, en realidad, el general Velasco jamás cambió de “chaqueta”. Utilizó siempre una sola: la de militar. El Ejército fue su casa, su vida, su razón de ser desde que, adolescente, causó alta en la Guardia Nacional. Esa lealtad in extremis a las instituciones y al presidente de la República —en el caso de Huerta avalado por un Senado vicario— le servía de brújula para localizar cuál era su deber y dónde depositar sus lealtades.

Organizar la salida de los federales del Distrito Federal y disolver al Ejército sería la última prueba de su férreo apego a la disciplina. ¿Sería exagerado decir que lo obligaban a cometer una suerte de matricidio? Cumplía órdenes, como lo había hecho siempre, excepto en el caso del fusilamiento de Almazán.

No obstante el ofrecimiento de Carranza, José Refugio Velasco se exilió en San Francisco, California. Regresó a la ciudad de México donde murió el 27 de marzo de 1919.

BIBLIOGRAFÍA

- GARCIADIEGO, Javier, *De Guadalupe a Teoloyucan. 1913-1914*, México, Editorial Clío y Gobierno de Coahuila, 2014.
- GONZÁLEZ GARZA, Roque, *Batalla de Torreón*, México, Secretaría de Educación Pública, 1914.
- GUTIÉRREZ, José María, “La insurrección de los Aspirantes”, en *Magazine del Gráfico*, 7 de febrero de 1932.
- PLANA, Manuel, *Venustiano Carranza (1911-1914). El ascenso del dirigente político y el proceso revolucionario en Coahuila*, México, El Colegio de México, Gobierno del Estado de Coahuila y Universidad de Alcalá, 2011.
- SALMERÓN SANGINÉS, Pedro, *Los Carrancistas. La historia nunca contada del victorioso Ejército del Noreste*, México, Planeta, 2009.

- ULLOA, Berta, *La revolución intervenida*, México, El Colegio de México y Gobierno del Estado de Coahuila, 1997.
- URIBE, Álvaro, *Recordatorio de Federico Gamboa*, México, Tusquets. (Colección Centenerios), 2009.
- VASCONCELOS, José, *Ulises criollo*, Secretaría de Educación Pública y Fondo de Cultura Económica, 1983, 2 vols.
- VELASCO LOMELÍ, José Antonio, *Cómo el general Velasco logró un honroso tratado para el Ejército federal y ejecutó su forzoso final*, edición del autor, México, 2014.

